

# De habla y de fábula

## **Alicia sí estuvo allí...**

Mari Sol Arqued

¿Cómo se adquiere la competencia *lectoescritora*? “Muchos autores consideran que no se adquiere completamente la competencia lectora hasta la pubertad”.

“Nacer significa estar obligado a elegir una época, un lugar y una vida. Existir aquí, ahora, significa perder la posibilidad de ser otras innumerables personalidades potenciales”

Miyazaki.



Arthur Rackham: *Alice's adventures in wonderland*

El binomio espacio/tiempo determina que nuestra existencia acumule un número infinito de posibilidades perdidas. Desde que nacemos, somos lo que perdemos. Desde esta perspectiva, la fantasía se convierte en un modo de memoria emancipado del tiempo y el espacio. Solo la imaginación puede acercarnos a nuestras posibilidades perdidas.

Escribir y leer tienen la virtud de permitirnos traspasar esos límites, dándonos de bruces con nuestra imaginación y, por tanto, con lo que no somos.

En *Atonement*, best-seller del escritor inglés Ian McEwan, encontramos una adolescente de trece años, Briony, con una extraordinaria imaginación y un talento innato para la creación escrita. Ian McEwan nos cuenta el proceso de creación literaria a través de los pensamientos de Briony; "... la necesidad de escribir era más fuerte que cualquier idea de lo que pudiera escribir. Lo que ella realmente quería era entregarse al acto de ver una idea irresistible desenmarañándose..."

Briony escribe con el único propósito de convertir las experiencias cotidianas en sucesos extraordinarios. A ella le ocurre, como a la mayoría de autores, que la escritura es un lugar de catarsis desde donde es más fácil escapar del binomio espacio/tiempo, para crear existencias diferentes inspirándose en las posibilidades perdidas. Aunque, irremediablemente, nunca será suficiente y siempre quedará mucho por decir, de manera que la lectura no completará el espacio de catarsis que existió mientras el autor escribía.

Los niños y niñas perciben cuándo un texto o una imagen son un espejo a través del cual ven lo que no está en la realidad. La capacidad de imaginar de la mente infantil es consecuencia directa de su necesidad de aprender, es independiente del momento en el que comienzan a leer y escribir, y está presente mucho antes de que

esto suceda. Sin embargo, es cierto que cuando leen, principalmente literatura, aprenden a comprenderse mejor y, por tanto, se hacen más capaces de identificarse, mental y afectivamente, con el estado de ánimo de los otros. La fantasía, el absurdo y el disparate en la literatura infantil les dan al niño y a la niña la oportunidad de trascender los estrechos límites de la existencia centrada en sí mismo, procurándole la sensación de que pueden contribuir a mejorar la vida de los otros. La lectura infantil es en sí misma una fuente de valores humanos, convirtiéndose, como manifestaba la Premio Nobel de Literatura Doris Lessing, en un "acto revolucionario".

“ Los niños y niñas perciben cuándo un texto o una imagen son un espejo a través del cual ven lo que no está en la realidad. ”

En nuestra cultura, la adquisición de la competencia *lectoescritora* depende, casi exclusivamente, del sistema educativo. Es en la escuela donde comienza su iniciación, principalmente en el último nivel de la etapa de Educación Infantil, a los cinco años. Sin embargo, ningún educador negará el hecho de que los niños construyen algunas nociones fundamentales sobre la lengua escrita antes de comenzar su aprendizaje formal.

En el caso de la lectura sucede, además, que el componente emocional es muy importante. Ciertamente, debemos desmitificar la creencia de que cuando los niños son capaces simplemente de identificar las grafías con los fonemas, asociándolas con los sonidos que representan, leyendo con fluidez y entonando correctamente, son ya lectores. Las

corrientes pedagógicas herederas de los postulados del psicólogo Jean Piaget ya establecían que la adquisición de la lectura está condicionada por factores fisiológicos (predominio cerebral y lateralidad, visión, audición, estado y funcionamiento de los órganos del habla), ambientales (capacidad lingüística de su familia, estabilidad emocional, deseo de aprender a leer) e intelectuales (discriminación visual y auditiva, capacidad de raciocinio necesaria para la solución de problemas al aprender a leer). Muchos autores consideran que no se adquiere completamente la competencia lectora hasta la pubertad. Pero, para adquirirla es imprescindible leer desde que se tiene la capacidad de descifrar los primeros significantes, asociándolos con su significado.

Sin embargo, la habilidad lectora no asegura el placer lector. A menudo, los primeros relatos a partir de los que los niños aprenden a leer están diseñados para conocer, exclusivamente, las reglas de escritura y lectura, y no aportan ningún significado nuevo que al niño le pueda servir para comprenderse a sí mismo. Es la razón por la que se pierde la motivación por leer. "La adquisición de reglas, incluyendo la habilidad en la lectura, pierde su valor cuando lo que se ha aprendido a leer no añade nada importante en la vida de uno" (Bettelheim, 1975). Muchos autores opinan que la lectura será importante en la vida de un niño cuando se establezca una comunicación entre la historia que está leyendo y las que leyó anteriormente, de manera que cuando construya en su mente el conjunto de ideas y conocimientos sugeridos por todas las historias leídas, le interesará leer aquello que todavía queda fuera de ese conjunto. Cuando se aprenden a leer las primeras palabras (papá, mamá, mímame, tomate, pelo...) es importante dotarlas del significado social que

conlleven; ¿cuándo se usan? ¿para qué se usan?, dándole al niño la oportunidad de abandonar el papel de mero reproductor de sonidos para convertirse en receptor de descubrimientos sobre la realidad y las emociones.

En la literatura infantil el lector es el principal protagonista, por encima, incluso, de la narración. Es momento de desmitificar otra creencia popular; pensar que un niño rodeado de libros, en un entorno familiar donde sus padres o tutores son ávidos lectores, se convertirá sin esfuerzo con toda naturalidad en un gran lector.

“ En la literatura infantil el lector es el principal protagonista, por encima, incluso, de la narración. ”

Hace un par de meses escuché la experiencia de una persona que se declaraba lectora compulsiva. Contaba cómo, criada en un entorno familiar humilde, en su casa no había más que cuatro libros en una estantería, y ninguno de ellos le suscitaba interés. Nunca había visto a su padre leer algo diferente a la prensa deportiva y, sin embargo, sabía por su madre que él había sido un apasionado lector de libros de historia y novelas americanas. ¿Cómo llegó a convertirse en una ávida lectora? Para entenderlo es importante descubrir por qué lo hizo; tuvo la necesidad vital de buscarse una ocupación a la que dedicarse durante las dos horas de retransmisión televisiva de algunas series infantiles que no eran de su agrado, y que conseguían atraer tanto la atención de sus amigos del barrio que la calle se quedaba desierta de niños, evitando que ella pudiera jugar con alguien. ¿Por qué la lectura y no otra actividad? porque tenía nueve años y había adquirido una buena competencia lectora en la escuela, gracias a una maestra que

consiguió inculcar en sus alumnos el placer de leer en voz alta en grupo, convirtiendo el aprendizaje lector en un acto social y comunitario. Además, descubrió que muy cerca de su casa un fraile franciscano levantaba todas las tardes la persiana de una gran ventana que daba acceso a una pequeña biblioteca de unos dos mil ejemplares. Durante tres años, gracias a la generosidad de aquel fraile, leyó la colección completa de las aventuras de “El club de los cinco” de Enid Blyton, todas las novelas de Agatha Christie y algunos libros de poesía de poetas españoles. Lo que empezó como una necesidad se convirtió en un placer por el que perdonaba, muchas tardes de verano, jugar en la calle con sus amigos. ¿Qué ocurrió para que acabara convirtiéndose en una lectora curiosa? la respuesta es sencilla; cada nueva lectura le mostraba perspectivas diferentes de la realidad, ampliando así su capacidad de imaginación.

Los niños pueden adquirir la habilidad lectora, pero solo serán lectores cuando leer sea, en su existencia, una necesidad vital similar a comer, dormir o soñar. Cuando crean que sin leer no pueden ser felices, leerán. A cada niño le espera un libro, hasta que no dé con él, no descubrirá el placer de leer.

Volviendo a las corrientes psicológicas sobre la lectura infantil, el constructivismo sostiene que cuando los niños leen y escriben están haciendo algo más que un correcto descifrado de significantes. Emilia Ferreiro y Ana Teberosky afirman que un niño que se enfrenta a un texto, básicamente, hace lo mismo que un adulto; poner en marcha un proceso mental en el que, en primer lugar, se imagina lo que dice el texto a partir de indicios o señales (se construye una hipótesis según el tamaño y forma de las palabras, las ilustraciones, el título ...); en segundo lugar, se lleva a cabo la comprobación de si aquello que se

ha imaginado coincide con el texto, poniendo en práctica conocimientos de descifrado de significantes; en tercer lugar, se produce el acto de avanzar o retroceder en la lectura, en caso de que lo escrito no coincida con la hipótesis elaborada no seguiremos leyendo, pararemos el tiempo necesario, y volveremos a leer para confirmar o cambiar nuestra idea.

Para la psicolingüística los niños son sujetos que tratan de comprender, activamente, la naturaleza del lenguaje que les rodea, llegando incluso a construir su propia gramática, no como una copia de la gramática adulta, si no como una creación original.

En el aprendizaje infantil de la competencia lectora encontramos representado el proceso que la humanidad siguió durante siglos hasta que alcanzó el conocimiento de la escritura y la lectura como las entendemos ahora; la necesidad de expresarse llevó al ser humano a construir métodos nemotécnicos y dibujar pinturas en cuevas; después, se representaron las ideas mediante pictogramas o jeroglíficos, para dar paso a un sistema más avanzado de expresión con la representación de sonidos a través de signos, originándose el primer alfabeto.

Esta reflexión subyace en muchos métodos diferentes de adquisición de la competencia *lectoescritora*, para los que este aprendizaje, que comienza con la interpretación de imágenes y pictogramas, se basa en la interrelación de cuatro elementos: la mecánica, la motivación, la expresión y la comprensión. Para un niño, la primera forma de lectura es mirar una imagen, proceso en el que desarrolla una serie de técnicas; la idea de la escala reducida (la imagen de una cosa en el papel es, normalmente, más pequeña que esa cosa en la realidad); el reconocimiento de las sombras y la trama para indicar, en un medio bidimensional, que un objeto es

tridimensional; la idea de una acción congelada y las técnicas usadas por los ilustradores para indicar movimiento. Después, a las imágenes se le suma la narración de una historia. Aparecen entonces las palabras, y las ilustraciones pueden ser interpretativas (amplían lo que dice el texto, añadiendo nuevos significados) o narrativas (reflejan únicamente las palabras de la narración). Estos primeros pasos lectores van marcando el ritmo de dominio de los cuatro elementos; la expresión como capacidad de leer un texto con la misma vitalidad con la que hablaríamos de lo que cuenta; la comprensión como habilidad para entender la historia e identificarla con la realidad; la motivación para superar las dificultades del aprendizaje, hallando la recompensa de formar parte de la humanidad que inventó la escritura; y, la mecánica como el conjunto de correspondencias entre la fonética, la grafía y los sonidos.

“ Para un niño, la primera forma de lectura es mirar una imagen, proceso en el que desarrolla una serie de técnicas. ”

En la interrelación de esos cuatro elementos, no hay que olvidar que las nuevas tecnologías han originado la aparición de *ebooks* y aplicaciones para móviles (*tablets* y *smartphones* principalmente) que permiten incorporar a la literatura la posibilidad de interactuar con el texto, la técnica 3D y otros recursos que han dado origen a lo que se conoce como literatura transmedia. ¿Esto cambiará la estructura de la narración para niños? Cambiará en su concepción física, porque habrá que incorporar recursos que superen el texto escrito. Pero la garantía de que la historia sea interesante y aporte algo nuevo a los niños no

cambiará. Seguirá siendo requisito imprescindible escribir de manera que se mantenga un equilibrio entre la verdad y la verosimilitud del texto en relación con la realidad. El escritor de literatura infantil no dejará de plantearse qué leyes de la naturaleza puede infringir en la historia y cuáles no. Seguirá existiendo “lo no dicho” como una limitación de la literatura para contar todo lo que el autor sintió cuando concibió la idea, pero también como una ventaja que deje abierta la puerta para que la imaginación infantil construya lo que no se ha contado. Las historias para niños seguirán siendo hechos extraordinarios contados con las palabras más sencillas.

## Bibliografía

Bettelheim, Bruno.  
*Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. 2ª ed., 2ª imp.  
Barcelona: Crítica, 2013

Montero Plata, Laura. *El mundo invisible de Hayao Miyazaki*. 3ª ed. Palma de Mallorca: T. Dolmen, 2013